

blada. Hoy el interior de la santa casa ofrece aspecto sumamente interesante. Por fuera, el arte la vistió de ricos relieves de mármol; dentro, se ve la pobreza y desnudez de los humildes muros, que iluminan infinitas lámparas de bronce—las de plata se las llevó Napoleón, que solía arramblar con todo lo que hallaba á mano.—Y entre el marco de estas paredes parduzcas, de oriental sabor; en el fondo de la casita, al resplandor de las luces, se ve algo que deslumbra y ciega, algo semejante á un ídolo asiático, una Virgen de negro rostro incrustada en una funda de forma de campana, donde, sin exageración alguna, no hay ni el espacio de un dedo que no esté cubierto de piedras preciosas: las turquesas enormes, los zafiros, los carbunclos, las esmeraldas y los brillantes despiden reflejos encendidos é irisados, y parece la obscura casita de los viejos muros caverna encantada de *Las mil y una noches* que oculta y cela tesoro riquísimo.

¿Creéis acaso que la negra beldad no posee más joyas sino esas que fulguran en diadema sobre su frente y la visten desde la garganta hasta los pies? Penetrad en la sala de las ofrendas, y allí, en múltiples es-

caparates, veréis las sartas de perlas, los tembleques de diamantes, los anillos, los broches, el coral y las ágatas en profusión suficiente para enfundar de nuevo á la Virgen lauretana si le faltase la túnica de pedrería que hoy ostenta.

Los romeros nos arrodillamos y oímos misa, á las dos y media de la tarde, en el altar que domina esta imagen negra; pues en Loreto hay facultad de celebrar el sacrificio á cualquier hora del día, mientras se presente sacerdote dispuesto á ofrecerlo. Terminada la misa, un capuchino español, armado con una caña que remata en dos candelas encendidas, nos va enseñando las cosas notables que encierra la santa casa.

El capuchino es una figura caracterfstica, digna del pincel de Goya. Veintidós años lleva en Italia, y habla andaluz tan cerrado como el primer día. El nombre de Padre Málaga le cae divinamente: quitadle el sayal de su Orden; recortadle un poco la barba inculta para que se convierta en patillas de boca de hacha; suponedle vestido con marsellés, faja, botines de cuero pespunteado y calañés torcido, y tendréis un tipo de romance de Franquelo ó de una *Es-*

*cena* del Solitario. Habla con la animación, el colorido, la viveza de los campesinos andaluces; se vuelve loco de contento viéndose rodeado de gente de su tierra. Cuando nos está explicando el camarín de la Virgen, una francesa le ruega que alce más la voz para enterarse, y él responde con mezcla de desabrimiento, énfasis y gozo:— Hablo ezañol y ezplico á ezañolez; por mucho que alse la vos, ¿qué va uzte á entender?

Una romera se inclina disimuladamente para tomar un fragmento de piedra del santo muro. La aviso que en las Catacumbas hay excumión mayor para los que intenten estos piadosos hurtos ó lleven en la manga el inseparable martillito de las iglesias coleccionistas, y á poco, el Padre Málaga, ceceando y comiéndose el final de cada palabra, nos refiere cómo dos cerquillos de hierro incrustados en la pared de la casa señalan dos piedras cogidas en mal hora por gentes que después, habiendo experimentado en sí ó en su familia los efectos del enojo divino, hubieron de restituir aquellas reliquias preciosas. Con esto, y con bendecir y sellar graciosas escudillas de mayólica, medallas y campanillitas con-

tra la tormenta, se nos fué escapando el día y llegándose la hora de regresar á Ancona para tomar el tren.

Cuando salíamos de Loreto, volví tristemente la cabeza hacia Recanati. Allí, en una colina que casi veíamos y que dista de Loreto hora y media de coche, está la villa natal de Jacobo Leopardi, el *natio borgo selvaggio* en que el gran poeta que supo envolver la desesperación moderna en el noble *peplum* del dolor antiguo y clásico, pasó su niñez solitaria y parte de su amarga juventud. ¡Recanati! Para los que no hemos perdido el cariño á la poesía lírica, á pesar de la reciente defensa que de ella hizo Núñez de Arce, ese pueblecillo está en el mapa.

.....

Esta postdata, escrita en Madrid, la ocasiona la carta que me dirige por el correo interior un italiano quejoso de que mis noticias sobre el Vesubio dejan mal parada la honra de su nación. El corresponsal anónimo echa la culpa de todo á la inexperiencia de los romeros, que son, según dice, malos viajeros y peores observadores. Pero en cambio, añado yo, son excelentes pagadores, y váyase lo uno por lo otro. Me reco-

mienda el ejemplo de Edmundo de Amicis, que al hablar de España antepuso la poesía á la verdad. Yo siempre he creído que deben ir juntas. Por lo demás, aunque nos desuellen fondistas y cicerones, Italia es tan hermosa, que allá volveremos de coronilla así que nos lo permita el tiempo.

## ACQUA VERGINE.

LOURDES 21 DE ENERO DE 1888.

Felices los pueblos que no tienen historia, dicen por ahí, y yo añado que otro tanto puede afirmarse de los romeros cuando viajan. El regreso nuestro no ofrece lance alguno: venimos navegando en una balsa de aceite. Verdad que somos un grupo contado de veinticinco personas no más. El grueso de nuestros compañeros salió de Roma en dos tandas: una el día 8, después de la audiencia de León XIII; otra el 17, después de la solemne ceremonia de la canonización; y nosotros nos quedamos rezagados hasta el 18, en que emprendimos la vuelta sosegada y gratamente, aprovechando los mejores trenes, y pareciéndonos mentira que fuese aquél el mismo camino por donde un mes antes habíamos rodado como pelotas, sufrido persecuciones y calamidades sin número, cabeceado de sueño detenién-

donos á horas increíbles, y asaltado las cantinas de la estación para beber cuatro sorbos de caldo, mientras el silbato de la locomotora se mofaba de nosotros como un pájaro burlón, convirtiendo en segundos los minutos reglamentarios.

La impresión del regreso en mi alma es la de una restauradora paz y una cordialidad infinita de la naturaleza. Hace un tiempo primaveral, delicioso; pasamos de día por Niza, Monte Carlo y San Remo, y los ojos se nos deslumbran con el riquísimo azul del Mediterráneo y el verde y oro de los naranjales, que nunca se acaban. ¡Cuán poco artística es nuestra época, al menos en lo que se refiere á arquitectura! Estas ensenadas, que parecen otras tantas conchas llenas de líquido záfiro; estos huertos de naranjos y laureles, dignos de servir de refugio á la ciprina diosa, piden á gritos el edificio circular, la columnata en que el sol juega libremente, el ático de mármol y el patio descubierto de mosaico, con su piscina donde nadan los rojos pececillos de Venus. Á la edad moderna no se le ha ocurrido cosa mejor que sembrar este mitológico país de los horribles hoteles que ahora se estilan, grilleras de ladrillo, cal y pizarra,

en cuyas fachadas, teñidas del rosa salmón más inicuo, se ostenta el gigantesco reclamo de un dentista norte-americano ó anuncios del agua maravillosa de *Sarah Félix*... ¡Ah, siglo décimo nono! ¡Ah, siglico de cartón!

Al caer de una tarde no menos serena que las anteriores, nos bajamos en Lourdes, pues de esta vez, para que todo marche viento en popa, hasta se nos consiente descansar en la santa montaña y verla y recorrerla. Apenas nos suelta el coche en el hotel y nos quitamos el polvo de las manos y cara, emprendemos á pie el camino de la gruta. Brillan en el cielo las estrellas con centelleo misterioso y apacible; en la atmósfera, tibia y muda, flota el olor de los pinos; el silencio es majestuoso, y la tranquilidad incomparable, sobre todo así que logra uno zafarse de las quince ó veinte mujeres bearnesas que le asaltan para venderle un cirio, alegando que son muy *po-bretas* y han menester *ouna limousneto*. Consiguiendo espantar á estas pegas de montaña, se baja por las enarenadas sendas del parque hasta que, á una revuelta del camino, nos detiene, sobrecogidos de respeto, claridad vivísima, la luz de centenares de

cirios que, favorecidos por la quietud del aire, se consumen al pie de la blanca aparición incrustada en el sombrío hueco del peñascal. No se escucha sino un rumor argentino, tenue, como el desgrane de una sarta de cuentas de cristal sobre una superficie lisa: son los tres caños de la fuente milagrosa, que brotó del suelo árido al lacerarlo con sus uñas febriles la vidente Bernardeta.

Apoyando la frente contra la verja de hierro que de noche defiende la gruta sin ocultarla, las romeras rezan y sollozan; yo miro fascinada el espectáculo, y me parece que la cándida Mujer va á abrir los labios y á pronunciar con voz más musical que el rumor de los pinares: «Soy la Inmaculada Concepción.» El techo de la gruta está erizado de una selva extraña, una selva de troncos muertos, sin hojas ni raíz... Son muletas, muletas á centenares, muletas á miles; muletas de cojos y de paralíticos, muletas forradas de terciopelo con clavos de plata y muletas de palo de espino sin desbastar; el sostén del rico inválido y el triste puntal del callejero mendigo... Los que un día usaron esas muletas, salieron de la piscina de Lourdes arrojándolas, como

arrojó su camastro el tullido del Evangelio, y se fueron de aquí andando por su pie, locos de júbilo... Virgen blanca, la que estás en la negra gruta, tú sabes que en los tiempos que atravesamos rara es el alma que no siente la parálisis parcial ó total, el alma que no gasta muletas. Bien como las alas del ángel movían la superficie de la piscina probática, conviene que tu soplo agite nuestros espíritus. Y entonces colgaremos las muletas en tu gruta, así sean de oro con perlas y esmaltes.

Declaro que en Lourdes lo hermoso es la cueva, la montaña, el panorama; en cuanto á las construcciones, sin exceptuar la basílica y aun la cripta, tienen algo de estilo de confitería, de grandezas de alfeñique, como todas las creaciones del gótico moderno, recalentado y no sentido. ¡Qué delirio, originar hoy una iglesia ojival! ¡Qué melancolía, seguir el pensamiento del arquitecto, discernir su penoso trabajo de imitación, notar sus esfuerzos estériles por acercarse á los maestros que duermen á la sombra de las catedrales viejas, ó de rodillas al pie de un pilar, como el Mateo que ideó la *Gloria* de Santiago! Yo creo ver á un caballero de gabán, hongo y corbata, que tiene en

el bolsillo el último número del *Figaro*, y que tal vez sale del café Riche, donde almorzó ostras y *rumsteack*; y este caballero se inclina sobre un papel, con el lápiz en la diestra, y en su memoria, cargada de erudición sacro-profana, rebusca los elementos de un templo gótico, lo mismo que un cocinero tratando de recordar los ingredientes para una ensalada rusa.

Además, para españoles, la devoción francesa adolece de un exceso de pomada: está tan peinadita y tan peripuesta, que casi nos incomoda. Son antipatías de raza, que considero ocioso y hasta perjudicial combatir; importa que cada nación abunde en su propio sentido, y que se mantenga la variedad, base de la gran unidad católica. Lo innegable es que en Lourdes se revela en cada detalle el genio mañero, explotador é industrioso de nuestros vecinos. Hospederías cómodas, con buena mesa y lechos blandos; frasquitos primorosos de porcelana y cristal para embotellar el agua; rosarios, medallas, imágenes y cruces; cirios y candelas de todos tamaños; un parque deleitable y unos paseos de lo más romántico y agreste; una abrigada cripta en que oír misa, confesar y comulgar; unos monagui-

llos limpios, guapos, vestidos con el roquete de encaje blanco y la sotana azul, como pajes de la Virgen que luciesen su librea y ostentasen sus colores; unos carruajes de alquiler corredores y descubiertos, en que dará gusto recorrer estas gargantas abruptas, y seguir la orilla del Gave, y ver ponerse el sol tras estos picos majestuosos... todo, en suma, arreglado y dispuesto para que el piadoso peregrino se encuentre como el pez en el agua, y ninguna molestia ó privación le vede saborear el recogimiento y la hermosura de Tebaida tan poética.

Ocho días los entretendría uno aquí con embeleso, ¡quién lo duda! Pero al emprender la vuelta á España, claro que las *saudades* de Lourdes ceden el paso á las de Roma. Allá, en las márgenes del Tíber, dejamos en prenda una porción importantísima de nuestro sér, aquélla con que percibimos el ritmo de la historia y del arte y conseguimos, con ayuda de la imaginación, vivir en los siglos muertos. De Roma me queda en el paladar como el dejo de un licor divino, del cual sólo me dieron á probar unas gotas; y tan luego como me sea posible, allá volveré á apurar la copa,—la copa de ágata, la copa en que van bebiendo por turno

poetas, historiadores, artistas, sin agotarla jamás.

Contaré lo que hice mi última noche romana, y nadie se ría de estas puerilidades. Había comido en el palacio Colonna, á la mesa del conde de Rascón, embajador de España en el Quirinal (una de las notas curiosas en mis apuntes de romera es que la gente del rey Humberto es la única que ha dado señales de advertir nuestra existencia, pues la diplomacia enviada al Vaticano nos ha mirado por encima del hombro, como á visita importuna). Iba diciendo que había comido á la mesa de los condes de Rascón, en aquel palacio vastísimo y espléndido, de techos artesonados, adornado con tapices de un precio fabuloso, con ricas armas orientales incrustadas de coral y turquesas. Durante la comida se habló de la superstición romana, que atribuye al agua de la fuente de Trevi, conocida por *Acqua Vergine*, la virtud de hacer que no se mueran sin volver á Roma los que la beben el día antes de su marcha, á las doce de la noche en punto. Y yo, al oír esto, manifesté bromeando mi propósito de cumplir el rito.

—Aquí la tiene usted,—me dijo el conde

tomando una botella y colmando mi vaso. —La bebe ahora y no necesita molestarse. Nosotros siempre gastamos de esta *Acqua Vergine*.

Me callé, guardándome mi intención. Abandoné el hospitalario palacio un cuarto de hora antes de la media noche; miré el reloj, y mandé al cochero:

—*Alla fontana de Trevi.*

Obedeció sin replicar, porque un cochero romano adivina los caprichos de los extranjeros; la *fontana* estaba á dos pasos: bajéme, y, desnudándome el guante, metí la palma en el pilón y acerqué á mis labios la linfa, más que fresca, helada... Oí por espacio de un minuto ese ruido sonoro, plateado, del raudal que se despeña en los tazones de granito; volví á tomar un sorbo de *Acqua Vergine*, y murmuré:

—Hasta la vista, Roma.

EPÍLOGO



CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

I. UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DON CARLOS.

Nosotros proponemos y las circunstancias disponen. Pensé escribir estas líneas en mi alojamiento del *Hotel de la Luna*, en Venecia—de cuyas ventanas veía las ondas verdosas del Canalazzo morir besando la escalinata del embarcadero, y desde el cual, en cinco minutos y á pie, podía trasladarme á la plaza de San Marcos, donde una nube de torcaces, pero mansísimas palomas, acude con la mayor desvergüenza á comer en la mano, y si uno se descuida, en la boca del viajero, la ración de maíz.—Y he aquí que estoy trazándolas en mi cuarto de estudio, con vistas á la bahía de Marinada, sobre cuya superficie, que refleja el azul plumizo del firmamento, se columpian botes y esquifes, aunque graciosos, muy diferentes de las venecianas góndolas.

No es lo peor escribir en Marinada im-

presiones recogidas al borde del Adriático, sino hacerlo por vez segunda á causa de extravío del primer original. Mal que le pese á mi amigo el Doctor Thebussem, dignidad de cartero honorario, el servicio de Correos deja bastante que desear (como otras varias cosas) en nuestra España, y de un paquete certificado que yo enviaba al impresor Sr. Tello y contenía la materia de este epílogo, se sabe ya, después de activas pesquisas, que ni ha sido entregado ni parece por ninguna parte. Supongo que el Estado, con una magnanimidad que le honra, y previa una respetuosa exposición en papel sellado al Sr. Mansi, me abonará 50 pesetas por el mes y medio de retraso que sufre mi libro, y por las 30 ó 40 cuartillas que hoy vuelvo á garrapatear—en cumplimiento de palabras que no por espontáneamente empeñadas obligan menos.—Todo el que haya cultivado las letras en forma artística, sabe cuán insufrible sea volver á tratar un mismo asunto en el breve espacio de un mes. Aquellas páginas perdidas habían brotado de mi pluma caldeadas por el sentimiento, dictadas por recientes sucesos y observaciones: semejante disposición de ánimo no se reproduce. Hoy

sostengo una batalla con las cuartillas, harto nueva para mí, por lo mismo desesperante. Ruego al Doctor Thebussem que aplique su erudición á discurrir el modo de que lleguen á su destino los paquetes certificados. Y basta de proemio.

El objeto de mi viaje á Venecia no era admirar la soñada ciudad de las lagunas, con su doble collar de palacios y la inmortal poesía de sus calles de agua y sus gondolas finas y curvas como el puñal de Otello. Conocía ya á la dogaresa: la había visto en todo su teatral esplendor, alumbrada por millares de fuegos artificiales y por guirnaldas de los clásicos farolillos, arrullada por serenatas melodiosísimas, y había oído de noche, á la luz de la luna, en el Gran Canal, la barcarola de *I due Foscari*, que entonaban á voces solas los gondoleros. Mi propósito, al recorrer una vez más la Italia del Norte, fué saludar y tratar á D. Carlos de Borbón, duque de Madrid. También le conocía, pero por breve audiencia obtenida en París el mismo año y el mismo día en que visité á una especie de monarca literario, rodeado de una corte muy etiquetera: Víctor Hugo.

Aunque el hijo de la archiduquesa Bea-

triz no hubiese influido tanto en los destinos de mi patria ni estuviese en situación de seguir influyendo, bastaría á justificar mi curiosidad la misma leyenda que la pasión política forjó sobre su persona y carácter. Mi espíritu rebelde no acepta á dos por tres las consejas que el clamoreo de los diarios impone al público, y mi juicio quisiera adelantarse al de la historia y tener ya algo de su imparcialidad generosa, con mucho de su infalible perspicacia. Y ¡extraño caso! aquí en tierra española, donde la opinión pública más adolece de corrosiva benevolencia que de espartano rigor; aquí donde hasta un mal clérigo parricida encuentra excusa y piedad, hablar de Don Carlos con templanza es grave delito; reconocer sus dotes personales, nefando crimen. ¿Qué había en cierto artículo de *El Imparcial* que movió formidable escándalo? Simpatía privada, moderación en la forma y descripciones basadas en datos de la realidad, no otra cosa, y, sin embargo, hundióse el firmamento y temblaron las esferas.

¿Quién no conoce al D. Carlos de la leyenda contemporánea? Abrid cualquier periódico satírico y allí le veréis. Rosario en cinto y trabuco al brazo; zancas de ciga-

rrón, boca de rana y cabeza de cretino; por montura el rocín de D. Quijote, cuando no el rucio de Sancho Panza. Lo moral corresponde á lo físico, y sobra gente de buena fe para quien el duque de Madrid es un fauno en lo bruto, un ogro en lo feo, un sátiro en lo vicioso y una liebre en lo cobarde. Cada día añade algún nuevo rasgo á su semblanza la fecunda inventiva de los noticieros, y no es de los menos singulares el que me dió á conocer una amiga mía, alemana de nación, mostrándose asombrada de que yo hubiese visitado á D. Carlos, cuando las *zeitungen* de su país aseguraban que D. Carlos, muerto en la sorpresa de Oropiqueta, había sido reemplazado por cierto zapatero francés que se le parece como un huevo á otro y hoy habita el palacio Loredán.

Bien sé cómo cuajan estas patrañas absurdas y á qué temperatura ha de estar la atmósfera para que cristalicen, y sé también que á veces las condensa una ley histórica—la que acreditó de tuerto y borracho á José Napoleón, que poseía dos hermosos ojos y no lo cataba.—Mas confesemos que en la actualidad tiene mucho de extraordinario poderse falsear así cosas tan

patentes y tan cercanas. ¿Qué opinión pública es ésta, ni cuál el oficio de los que la forman? Quien deteste las ideas políticas representadas por D. Carlos; quien crea que hasta deben raerse de la haz de la tierra, hágalo enhorabuena en nombre de principios serios y convicciones firmes, y no se base en invenciones, cuentos de viejas y embustes. Prestarles crédito, chafa el amor propio de cualquier persona sensata; discutir las y propalarlas... eso ya tiene un nombre en todos los idiomas. ¿Ó es que si se demostrase que D. Carlos es tan galán como discreto, se acabaría la casta de los liberales españoles?

Vengamos al duque de Madrid, á quien he tratado de conocer y estudiar, si con las consideraciones que por tantos títulos se le deben, con la serena y analítica mirada de los observadores de oficio. Y á fe que si este estudio no fuese al par gusto y honra, pude ahorrármelo con trasladar aquí el juicio que acerca de D. Carlos escuché de la autorizada é imparcial boca del senador Pierantoni, esposo de mi amiga la eminente escritora Grazia Mancini. El senador Pierantoni—que es también un acreditado jurisconsulto,—tuvo ocasión de tratar á

D. Carlos en la época del célebre proceso del Toisón, y sintió mucho no haber sido abogado defensor del príncipe, en cuyo caso quizás la sentencia hubiera andado más acorde con la justicia. Y el senador Pierantoni, italianísimo, avanzadísimo, pero que ve las cosas desde afuera, me esbozó, entre festivos ataques dirigidos contra mi supuesta intransigencia política, un retrato del duque de Madrid poco diferente del que ahora mismo voy á dibujar á la pluma.

Ganas me entran de dejarme en el tinte-ro las líneas de la hermosa persona del Pretendiente: no lo hago, porque hoy no es lícito prescindir del influjo poderoso del cuerpo sobre el alma, y porque toda envoltura, bien considerada, delata lo que encierra. Es D. Carlos de elevadísima estatura, que en hombre menos bien proporcionado y apuesto parecería colosal. La cabeza, ni grande ni chica, campea airosa sobre el arrogante busto. Los ojos, obscurísimos y ensoñadores, atenúan el carácter, obstinado de puro correcto, de la intachable nariz. El pelo es de ébano; la barba, de seda negra, con dos ó tres hilos argentinos, distribuída por la naturaleza con tan buena gracia, que sin extralimitarse en el cuello ni las meji-

llas adorna con varonil gravedad el simpático rostro. El cutis, si allá en la primera juventud ostentó romancesca palidez, es ahora una fina piel morena que delata la complejión nervioso-sanguínea y las energías de un temperamento más adecuado á las guerreras fatigas y la vida activa del soldado y del monarca, que á los ocios y languideces del destierro. La mano merece notarse: es una nobilísima extremidad humana, que revela en su dueño, al par de la inteligencia y la exquisita pulcritud de la vida civilizada actual, el vigor necesario para aferrar la tajante de los antiguos paladines.

D. Carlos ha padecido afonía, y su voz es aún algo opaca: pronuncia bien el castellano, pero disuelve las *erres*, según por naturaleza ó vicio contraído acostumbran hoy bastantes personas de la aristocracia. Habla poco, y, cuando lo hace, con frase escogida, aunque sin pretensiones. Reflexiona antes de contestar á las preguntas; escucha mucho y observa siempre. No le he oído emplear ninguna de esas locuciones de origen flamenco hoy admitidas en la conversación de la gente más selecta; tampoco le he visto reír á carcajadas, y la sonrisa, en su cara

grave y bellamente melancólica, es como una luz inesperada y repentina: posee un encanto extraordinario.

El efecto que produce el *Descado* del absolutismo es el de una persona en extremo culta, formal y sincera, irresistiblemente inclinada á tomar en serio las cosas de la vida, penetrada de la noción del derecho divino. Aquella majestad varonil de los miembros y del rostro trasciende al espíritu. Cuerpo y cabeza están pidiendo á voces el arnés, el caballo, la diadema, el manto de púrpura. Cierta tristeza vaga que rodea á D. Carlos es la de los destinos fallidos, la de las misiones históricas no cumplidas. Si algún hombre nació para rey es D. Carlos, y los que le hemos visto pasar podremos decir dentro de algunos años que hemos visto la encarnación viviente de uno de los conceptos fundamentales políticos en la raza ibérica: la *Monarquía*.

No soy entusiasta de la casa de Borbón, y hasta en sus reyes más elogiados, como Carlos III, encuentro bastantes tachas que poner. Creo que esa casa de origen francés nos trajo la política exterior más funesta á nuestros intereses; me indigna el observar cómo, cuando discurrían obrar mejor, los

Borbones se esmeraban en desviar del cauce la corriente de nuestra civilización y nuestro pensamiento nacional; y me subleva ver lo que hicieron de la idea del municipio y de nuestro viejo nervio independiente. Pienso que ellos nos amputaron la originalidad y nos practicaron la ablación del carácter propio. Mas también opino que las familias, como los pueblos, se educan á fuerza de experiencia, y á veces se mejoran en la adversidad. Todos hemos visto en Alfonso XII, de grata memoria, el escepticismo manolesco y la cruel indiferencia moral de su abuelo Fernando VII, transformados en ingenio, agudeza, don de gentes y espíritu conciliador; todos pueden notar en el duque de Madrid el tesón inquebrantable, el inflexible fanatismo y la formalidad pueril de D. Carlos María Isidro, primer pretendiente, convertidos en noble dignidad, seria convicción y tranquila entereza.

Tratando de los malos cómicos que desempeñan papeles de reyes y hablan á gritos, escribe Larra con oportunidad que cabalmente los reyes son las personas más compuestas y modosas del mundo y no alzan nunca la voz, pues para ser obedecidos bástales un gesto ó una mirada. D. Carlos,

que no ha reinado de hecho, es, no obstante, viva muestra de la distinción indefinible que imprime el *Poder* unido á la *Raza*, lo contrario de la arrogancia y despotismo de los señores improvisados. En el duque de Madrid hay una especie de humildad soberana, una dulzura y condescendencia, una reserva de tan buen gusto y una naturalidad tan exquisita, que el respeto brota del alma como espontánea flor y el afecto le sigue de cerca.

Hay detalles elocuentes. Dos indicaré tan sólo. El primero fué cuando Ortega Muni-lla interrogó á D. Carlos sobre la granada que cayó tan cerca de él en Plewna, que por una línea más le cuesta la piel. Advertí en el rostro del duque de Madrid reñida lucha entre el deseo de complacer, propio de su gran cortesía, y el miedo de parecer fanfarrón, cosa tan antipática á los hombres verdaderamente animosos. Por último, eligiendo los términos y en broma, á fin de quitar importancia al lance, refirió la heroica temeridad de su excursión á las avanzadas turcas, yendo—son sus palabras—«de aficionado.» El segundo fué al hablarle yo del *Diario autógrafa* de su vida, que Pirala imprimió al final de su *Historia contemporá-*

nea, y que, según el mismo Pirala, encierra páginas admirablemente escritas y retratos de personajes políticos hechos de mano maestra. Al nombrar este documento ví, sin metáfora, subir á las mejillas de D. Carlos el rubor de la modestia, y le oí decir con el acento más franco:—Yo no destinaba eso á la publicidad.—¿Fué abuso de Pirala el publicarlo, señor?—pregunté.—Y D. Carlos, con la mesura y el comedimiento que siempre dominan en sus palabras (aun al tratarse de sus mayores enemigos ó de los que más le han agraviado, por ejemplo, Cabrera), respondió:—No; tanto como abuso... Pero yo no escribí ese *Diario* para publicarle; bien conoces que no lo merece.

Aquí encaja una protesta. He asegurado que D. Carlos es hombre cultísimo, y añado que redacta con facilidad y perfección suma; pero sentiría que los que todo lo extreman imaginasen que yo presentaba á Don Carlos como un catedrático, un erudito ó un literato. No sé qué idea de la monarquía se nos ha metido en los cascos, que exigimos al rey la sabiduría de Salomón y la inspiración de David, y queremos que cultive la oratoria y disertar sobre la radiación del calórico. En Alemania—¡la docta Alema-

nia!—lo entienden de distinta manera: lo que se pide á un rey es honrada voluntad, claro entendimiento y sana complexión, y el excelso emperador que acaba de bajar á la tumba dejando constituido el gran imperio germánico, no era sino un soldado, con pocas letras y ningún propósito de disputar á sus vasallos las cátedras de Gotinga. Aquí, sin duda, seremos todos unos pozos de ciencia, cuando nos parece grano de anís un Pretendiente que no escribe á la vez, como Echegaray, dramas y tratados de matemáticas sublimes. D. Carlos, aunque embebido en esto que se llama cultura general, me parece, sin embargo, menos hombre de biblioteca que de acción; es siempre aquél que en Praga, antes de los quince años de edad, para fortalecerse, se tiraba al agua sudando, después de haber corrido á pie ó á caballo en el rigor del invierno. Le juzgo capaz de discurrir más de lo que lea y de hacer más de lo que diga.

Lo que en D. Carlos predomina es el gusto artístico, bien demostrado en el arreglo de su elegante morada de Venecia. El palacio Loredán no se cuenta entre los más antiguos ni los más bellos de la sarta doble que rodea el Canalazzo. Por una ironía de

la casualidad, palacios cuyo solo nombre despierta un mundo de recuerdos históricos y de leyendas, y por cuyas balconadas ojivales, afiligranadas de tréboles y rosetones, parece que va á asomarse Desdémona, están dedicados á tercenas ú oficinas de Hacienda, mientras el romántico destierro del Pretendiente español se desliza entre los muros de un edificio relativamente vulgar. Pero desde los mástiles rojo y gualda para atar las góndolas en el desembarcadero, hasta el último clavo de la señorial mansión, todo indica el gusto refinado é inteligente del hombre moderno, educado por largos viajes, que prueban el arrojo y actividad del espíritu y la robustez del organismo en quien por recreo los emprende. Merecen citarse de Loredán el camarín de los dioses indios, alumbrado por luz rosada y misteriosa, que parece santuario doméstico de un devoto budista, y el cuarto de baño, donde hasta el piso es vidrio veneciano, esmaltado con los ricos é intensos colores del lapis-lázuli y la venturina. Nada digo del curioso Museo de la guerra civil, porque *El Imparcial* lo ha descrito menudamente; ni del comedor suntuoso y severo en que dos veces tuve la honra de sen-

tarme á la derecha del duque de Madrid. El recuerdo de este comedor evoca el de tan delicadas atenciones que, al revivirlas, no quiero dejar de enviar, más allá del Pirene y los Alpes, respetuoso saludo al caballero y al príncipe.

Otro semejante á la egregia dama que desde Viareggio me manifestó el deseo, tan halagüeño para mí, de verme y hablarme una vez más. Antes que á D. Carlos conocí á Doña Margarita de Borbón, y saboreé su trato exquisito y aprecié su instrucción varia y sólida. Si el tiempo—tasado por el forzoso regreso de los peregrinos y por el viaje de la misma señora á Trieste á fin de asistir á la inhumación de las cenizas de D. Juan de Borbón,—me lo hubiese permitido, correría á ofrecerle mis respetos, y á ver transformado en lozana flor el lindo capullo que tuve en mis rodillas muchas noches en el Bocage: la infanta Blanca.



II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

CONFESIÓN POLÍTICA.

Como no soy ningún personaje de los que revuelven el cotarro, jamás me figuré que necesitase dar explicaciones acerca de *mi actitud*; pero tanto me preguntan las gentes, desde mi regreso de Venecia, haciéndose cruces, si *soy carlista*, y *cómo pienso en materia de política*, que juzgo más cómodo y breve responder á todos á un tiempo y por escrito.

Yo abrí los ojos al espectáculo social cuando estalló la revolución de Septiembre del 68: acababa de casarme, y eran mis años cortos cuanto floridos, pues excedían poco de tres lustros. De familia liberal, acogí con simpatía el movimiento; en breve los desplantes y excesos de la *gloriosa* me arrojaron en sentido contrario, hacia la reacción completa. Y como mi juventud y mi carácter vehemente y fogoso me inclinaban á los

extremos, fuí, siguiendo un proceso lógico, hasta la conspiración; y á permitírmelo mi sexo, fuera hasta el campo de batalla, donde no sólo me mostraba la fantasía esperanzas de regeneración para la patria, sino una libre y romancesca esfera de actividad, en la cual cabían ciertos elementos épicos y dramáticos que á veces faltan en la vida vulgar y apacible.

Consumada la restauración y consolidada la paz, olvidé las cuestiones políticas para entregarme del todo á mis verdaderas y absorbentes aficiones literarias. Mi pensamiento fué modificándose un día tras otro, al poder de la reflexión y del estudio; mas no por eso cambié de casaca (como suele decirse). Las mujeres somos en política bastante consecuentes: nada ganaríamos con ser volubles. ¿Qué estímulo nos había de empujar á la deserción? No nos es dado aspirar á más puestos oficiales que el de estanqueras ó reinas; y para mí, ya se deja entender que ni tanto acá ni tanto allá. No obstante, el lento trabajo de integración de las ideas se verificaba en mi cerebro tan inevitablemente como se cumplen en nuestro organismo las acciones químicas anexas á las funciones biológicas, y sin interven-

ción de la voluntad se renovaba buena parte de mi criterio. Para decirlo de una vez: yo *sentía* igual que antes, pero *entendía* de otra manera, determinada por la lectura, la diaria observación y el curso del tiempo, que, sin debilitarme, me traía calma, aplomo y sentido práctico; al menos, tal supongo.

Para definir mejor el cambio que se verificaba en mí dentro de la estabilidad de mis sentimientos, tengo que decir ante todo lo que me pareció ver en España. Naciones hay, y en el número cuento á Alemania é Inglaterra, donde la excisión entre el pasado y el presente político, ó, empleando una frase resobadísima, *el período de transición*, apenas es sensible, y se han llegado á juntar en haz apretadísimo las voluntades, obteniendo la unidad del pensamiento patriótico. Opino yo que esas naciones tienen ya mucho adelantado para aspirar á la ventura y grandeza compatibles con el estado actual del mundo, así como las familias bien avenidas prosperan más francamente y soportan mejor cualquier revés. Otros países, verbi gracia España, pueden ofrecerse como tipo y modelo de la zozobra perpetua, del desacuerdo consigo mismo. Desde principios del siglo harto sabemos que

no ha lucido para nosotros un solo día sin guerra civil, ya desembozada y en armas, ya latente en el parlamento, en la prensa, en el libro, en el alma, que es peor. Sea que las reformas é innovaciones se han planteado aquí con desatiento, sin respetar el genio de la raza, los intereses creados y los principios de equidad más corrientes; sea que nuestra indomable tenacidad dificulte todo adelanto, ello es que de ochenta años acá España anda partida en dos hemisferios que cabe nombrar, á imitación de los del mundo, la Vieja y la Nueva España, hermanas irreconciliables como el Eteocles y el Polinice del gran trágico de Eleusis. La Nueva España gana terreno á cada instante, quién lo duda; mas la Vieja posee una fuerza estática y una energía inmanente que la hacen en cierto modo eterna é invencible.

Reune la Vieja además otro elemento vital, y es que no tuvo ocasión de gastar sus ideales conforme los ha gastado la Nueva. De las aspiraciones que ésta trajo consigo, es el constitucionalismo y el sistema parlamentario la que le costó más esfuerzos y sangre y la que proclamó como dogma fundamental. ¿Pues dónde habrá cosa tan

desacreditada como el famoso sistema, caeduco antes de la madurez? Sus propios sacerdotes sonríen como los augures romanos. A lo sumo, convienen en que es un *mal necesario, la menor cantidad posible de mal*. Los que lo miramos desde más arriba, transigiríamos con él si se redujese á útil farsa; si, perdida la flor, quedase el fruto, siquier menguado y pobre. Pero va arraigándose en las conciencias la persuasión de que el sistema representativo, tal como hoy existe, es aparato lúgubre y funesto, á cuya sombra se trama nuestro daño; mampara solemne, tras la cual se consuma la ruína, acabamiento y perdición de España; campo donde la ambición cosecha rosas y trigo, el país espinas, abrojos y ponzoñosa cicuta.

De aquí la endebles y anemia de la Nueva España. Después de medio siglo de consecutivos triunfos, no ha logrado que nos encariñásemos con el estado de cosas que de ella procede, y si nos ha dado, relativamente, la seguridad individual, que el régimen absoluto hacía profesión de no respetar, en cambio nos lleva camino de la miseria pública y de una despoblación semejante á la que señaló el triste reinado del último Austria. Apagado el fuego de pronuncia-

mientos y motines, la política se reduce á una lucha por la existencia, no ya de banderías, sino de personalidades ambiciosas, y con la ambición ruín del propio interés, no con el noble afán del mando apetecido para realizar en la esfera de la razón práctica las concepciones más ó menos utópicas de la razón pura. ¡Ah! No se necesita ser un espíritu inquieto para estar descontento de lo presente. Desde la Restauración gozamos generalmente de tranquilidad; pero entre la mansa anarquía producida por la debilidad del Poder, nos empobrecemos y desangramos de un modo horrible. Con el licor de nuestras venas pagamos una paz, á la cual sólo Tácito supo dar nombre. Y de la duración de esta misma paz ó marasmo, ¿quién sale fiador? ¿Qué garantía ofrecen instituciones en las cuales pocos tienen fe, y que á título de interinidad sostienen en equilibrio sus hábiles adversarios? Después de sesenta ó setenta años de desgarradoras discordias, nos rige *algo* que, como la cabaña de los cuentos rusos, se mantiene en pie por no saber hacia qué lado caerse. La Nueva España va apuntalando el ruinoso edificio, porque su caída prestaría á la Vieja nuevos ánimos y juvenil vigor.

Desde que las dos Españas combaten, sirvenles de bandera dos ramas de la casa de Borbón. La disputa de la legitimidad fué mantenida al principio por el partido liberal, que deseaba limpiarse el estigma de usurpador; hoy que este nombre ya no suena tan mal, los hombres más ilustres de la Nueva declaran que nadie puede invocar el derecho hereditario sino D. Carlos; pero que aquí no hay litigio de derechos, hay pleito de ideas, una lucha, como la que presencié la tienda de Montiel, entre el pasado y el presente.

Antes del advenimiento de Amadeo de Saboya, mi padre, diputado en las Constituyentes, dijo al general Prim que, procediendo con lógica, la interinidad debía resolverse por medio de un plebiscito, y Prim le respondió: —¿Está V. loco? Con un plebiscito verdad vendría el niño Terso.—De entonces acá corrieron años y variaron las circunstancias; no tanto, sin embargo, que la fuerza numérica del partido carlista no sea aún formidable y no pueda decirse de él que, á diferencia de agrupaciones tan fácilmente formadas como disueltas—los moderados, la unión liberal, sin hablar de los efímeros núcleos que hoy se destacan,—

tiene en su fondo histórico una razón de ser como elemento nacional, y es el único partido que posee terreno, suelo y subsuelo. Pasan los demás, él permanece, y asombra verle sobrevivir á tanta esperanza fallida, á tanta derrota, á tan inverosímil ayuno.

Por lo mismo debiera ser asunto de reflexión el hecho singular de su impotencia absoluta para obtener un triunfo decisivo; impotencia que no explican satisfactoriamente traiciones ni manejos, secundarios siempre ante las grandes virtualidades históricas. Así el primer como el tercer Pretendiente tuvieron mil veces cogida por sus alas de oro á la victoria, y la ágil dea se les fué de entre las manos cuando más próximos estaban á dejarla cautiva. Diríase que una valla misteriosa se interpuso entre la Vieja España y el éxito. Yo no creo en la casualidad, y menos la hago intervenir en la marcha de las sociedades, donde claramente diviso á la Providencia reguladora guiando á los pueblos por extrañas vías, según conviene á sus altos designios; y afirmo que ni las intrigas napolitanas que detuvieron á Carlos V de Borbón en el arroyo Abroñigal para que no entrase en Madrid; ni la

baía perdida ó el inepto curandero que mataron á D. Tomás Zumalacárregui; ni la tardanza en saberse la muerte de Concha, fueron agentes del ciego destino, sino de la Soberana Voluntad, que ha dispuesto que los ríos no corran hacia arriba, aunque en ello se empeñe el hombre. Interpreto, pues, este doble fenómeno—una Vieja España impotente para triunfar, una Nueva España incapaz de aprovechar el triunfo,—como prueba de que á ninguna de las dos aisladas, sino á las dos reconciliadas y unidas, toca remediar los males contemporáneos y abrir los gloriosos horizontes venideros.

La Nueva España sabe ya por experiencia que ciertos principios esenciales de la Vieja no puede combatirlos impunemente; sobre todo, el catolicismo como religión nacional y la forma monárquica. Después de inconsiderados ataques y ridículas declamaciones, ambas cosas ha tenido la Nueva España que instaurar, encontrando en ellas la única base sólida de sus instituciones actuales, el cimiento del orden y de la vida pública. A su vez la Vieja tiene motivos para hacerse cargo de que han cambiado los tiempos (perogrullada altamente filosófica), y que mantener ciertas aspiraciones

y ciertos programas no es consecuencia, es terquedad inútil.

Ni deja de serlo por revestir formas estéticas, declarando más hermoso morir abrazado á la bandera vencida que admitir transacciones y pactos. Una cosa es lo bello según el arte, otra la gobernación del Estado y la prosperidad de la nación; y tan absurdo me parece supeditarlas á razones estéticas como á consideraciones sentimentales ó morales, según hacen los que en las virtudes domésticas de una dama Augusta ven la garantía del público bienestar.

El problema del partido carlista es que lo que constituye su fuerza constituye también su impotencia. Inmutable, negándose á arrollar ni una punta de su bandera—como si las banderas fuesen de bronce ó mármol, y no de tela ondeante y flexible,—vive de su propia cadavérica rigidez. ¿Vencerá no cediendo? Pienso que no. Podrá la conflagración europea que se cierne en la atmósfera ofrecerle algunas remotas probabilidades, y nuestra desastrosa situación interior, sobre todo si se complica con trastornos y ensayos de república, prestarle ánimos para lidiar otra vez; mas si no entra en

la esfera de lo práctico, se quedará á la puerta, como siempre.

Ya sé que lo prefieren todo á hacer concesiones, y quieren la proscripción de Don Carlos y de su raza antes que borrar una letra de sus cánones. Ni el ejemplo de la Iglesia, fiel depositaria de la eterna verdad, y sin embargo tan dúctil contemporizadora, les mueve. No ha mucho pude oír á un joven tradicionalista, licenciado en derecho por más señas, exponer su programa: previa censura para el libro, restablecimiento de la Inquisición y una especie de federación foral bajo el cetro de un monarca absoluto. Reconozco que no se debe hacer responsable al partido entero de ciertos radicalismos; sé que D. Carlos, en recientes documentos, manifiesta un espíritu de templanza digno del mayor elogio, y no obstante, cumple á mi sinceridad añadir que el joven tradicionalista á que aludo será, dentro del partido, la ortodoxia, y yo la heterodoxia desenfundada y punible.

Mi situación de ánimo es la siguiente: respeto profundamente al duque de Madrid; estimo en lo que valen sus altísimas prendas; pero hoy por hoy me conformaría con cualquier cosa que nos sacase á flote y nos

pusiese en marcha—y en esto no hago sino adherirme á los sentimientos del duque de Madrid mismo, quien cree que sólo la creciente infelicidad de España legitima las tentativas encaminadas á presentarle nuevas soluciones.—Claro que si consulto á mis simpatías personales, están con la Vieja España, retrocediendo, por supuesto, al período de nuestra mayor grandeza. Sólo que no juzgo factible fijar en época alguna la rueda sin fin de la historia; y si la contemplación del *ayer* impulsa hacia el estacionamiento y el pesimismo, el buen sentido manda atender al daño actual y sacrificar predilecciones de artista al bien común.

Por reiterados síntomas he venido á comprender que en el día la cuestión política pierde importancia, mientras la cuestión práctica se impone. De los sufridos contribuyentes, de la agonizante agricultura, de la pisoteada industria, de las arrinconadas provincias, de los espíritus honrados, en fin, se alza una protesta y tiende á formarse un partido escéptico, si por escepticismo ha de entenderse atribuir más valor á la rebaja de tributos que á la ley de matrimonio civil. A este partido no he menester afiliarme: á este partido está afiliado

todo el que conserva fuerza de indignación contra abusos no por consuetudinarios menos abominable.

Pensando en este partido, reflexiono más que nunca en la necesidad de conciliar á las dos Españas rivales, y en que, siendo posible, nos convendrían, para resolver satisfactoriamente la crisis tremenda del Erario y de la riqueza pública, instituciones que no precisasen apoyarse en racimos de hombres políticos, sino que estribasen en la sana conciencia nacional; instituciones fuertes y robustas, capaces de hacer una hombrada, si á mano viene. Por eso vuelvo los ojos hacia lo único que no se ha ensayado todavía, y doy vueltas á la cuestión—cuando no me preocupa alguna literaria, que es lo más frecuente.—Pues bien sabe Dios que no me entretienen pizca ciertas disquisiciones, y me creo tan poco apta para ellas, como sobrada de buena intención y desinterés, ya que no me han de valer ni el estanquillo, sola meta de las femeniles ambiciones.

.....  
Cruzábamos el Gran Canal dirigiéndonos á la estación del ferrocarril; miré hacia las ventanas de Loredán, y una inmensa tristeza embargó mi alma. Mientras la gón-

dola, silenciosa y negra como un ataúd, se deslizaba con fantástica suavidad sobre aquellas aguas en que fluyen la nostalgia y la leyenda, yo callaba, vuelta hacia el palacio, dejando que inundase mi corazón la marea de la angustia. Allí se quedaba tal vez el remedio y la salvación de España. Dentro de breves horas, también saldría el dueño del palacio, pero en dirección opuesta, hacia Trieste, á depositar bajo las solitarias bóvedas de la Catedral las cenizas de su padre, junto á las de sus tíos y abuelos—estirpe de tristes hados, como aquella de que habla el poeta Carducci en su bella Oda.—Nosotros, entre tanto, regresaríamos á la dulce tierra natal, que con tan doloroso amor contemplan desde lejos los ojos del expatriado y del proscrito...

	Páginas.
Advertencia á quien leyere este libro.....	5
Á Roma.....	11
La Romería en siluetas.....	21
Una Salve.....	31
Viaje de recreo... espiritual.....	39
La Noche-Buena en Roma.....	49
La Iglesia Madre.....	61
Güelfos y gibelinos.....	69
El fantasma blanco.....	81
Los Santos novisimos.....	93
Dos muertes.....	107
Una audiencia y una grilla.....	117
Un cicerone gratis.....	125
Jornada florentina.....	137
Una visita á San Antonio de Padua.....	145
Loreto.....	155
Aequa Vergine.....	165

#### EPÍLOGO.

I.—Don Carlos.....	177
II.—Confesión política.....	193